

Yo de cantarte he, misero vate....
 Qué haces allí, oh nítida azucena.....).

tienen estrofas muy lindas y recuerdan algo la suave y lánguida manera de Enrique Gil. Esta poesía y la titulada *Á mi gallo*, prueban que Juan Diéguez sentía de un modo original y poético. Su hermano tradujo *La Lámpara*, de Chénier, pero en sus pobres versos originales para nada se conoce la influencia de tan clásico modelo (1).

Otros poetas ya fallecidos figuran, aunque en escaso número, en la colección centro-americana de Uriarte, pero no tales que importe hacer especial estudio de ellos. Algún recuerdo merece, si no como poeta original, como intérprete bastante hábil de concepciones ajenas, D. Ignacio Gómez (entre los árcades, *Clitauro Itacense*), que tradujo *La Despedida*, de Metastasio, *La Elegía*, de Gray, *en el cementerio de una aldea*, la canción de *Medora*, de *El Corsario*, y algunos otros versos de Byron. El tomo de las *Brisas tropicales*, de Eduardo Hall, comerciante de origen inglés, pero nacido en Guatemala y domiciliado en Honduras, contiene también apreciables traducciones de Byron, de Tomás Moore, de Gray y de otros poetas ingleses. Don José Milla (conocido con el pseudónimo de *Salomé Gi*), fué uno de los escritores más fecundos y notables de las Repúblicas del Centro, pero tiene y merece más

(1) Nació D. Juan Diéguez en 23 de Noviembre de 1813, en Guatemala. Su profesión fué la de abogado, sus ideas liberales. Tomó parte en las revoluciones de su país y se vió perseguido y proscrito, hasta que triunfando su partido fué nombrado juez de primera instancia y catedrático de Derecho en la Universidad de Guatemala. Murió en 28 de Junio de 1865. Su hermano D. Manuel nació en 20 de Mayo de 1821 y murió en 20 de Mayo de 1861.

estimación como historiador, novelista y autor de cuadros de costumbres que como poeta. Juan José Micheo, joven poeta malogrado á los ventidós años, en 1889, había recibido educación clásica en un colegio de jesuitas, y dejó como primicias de sus estudios traducciones de algunas odas de Horacio y un canto sáfico á la Virgen de Guadalupe. Por ser el único poeta de Honduras (excepción hecha de los que viven), puede citarse al médico D. Manuel Molina Vigil, que se suicidó á los veintisiete años.

Pero conviene poner término á esta enumeración. Una nueva generación literaria se ha levantado en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha mostrado serlo de verdad. Es cierto que la producción comienza á ser excesiva, y que la cizaña ahoga, como en todas partes de América, el trigo. Los versos son allí una especie de epidemia: no sólo hay Parnaso Guatemalteco, sino Parnaso Costarricense y Nicaragüense, y una *Guirnalda Salvadoreña* que consta de tres volúmenes: muchos poetas son para tan pequeña república. Pero esta abundancia desordenada ya se irá encauzando con el buen gusto y la disciplina, y por de pronto es indicio de la fertilidad de los ingenios americanos (1).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Santander, 2 de Septiembre de 1892.

(1) La transición brusca entre la antigua y la moderna poesía de la América Central, entre la escuela clásica de los Batres y de los Irisarris, y la romántica que ha prevalecido después, no puede comprenderse bien sin tener en cuenta el portentoso influjo que ejerció allí como en otras regiones de América, especialmente en el Perú, un singular personaje literario tan desconocido en su patria España, y aun en su provincia natal, como célebre

en el Nuevo Mundo. Tal fué el montañés D. Fernando Velarde, natural de Hinojedo, autor de las *Melodias románticas* y de los *Cánticos de Nuevo Mundo*, poeta de extraordinarias dotes naturales afeadas por un mal gusto increíble. En pompa, brillantez y magnificencia le igualaron pocos, pero son raras las páginas en que su grandilocuencia no se trueca en hinchazón, su sonoridad en redundancia, su aspereza viril en énfasis hueco. Tenía las condiciones más adecuadas para ser un corruptor del gusto, un nuevo Lucano ó un nuevo Góngora, porque aun en sus mismas aberraciones dió muestras de ser ingenio nada vulgar. Su *Canto* estrepitoso y deslumbrante *á la cordillera de los Andes*, tiene en lo bueno y en lo malo cosas no indignas de Víctor Hugo. Velarde aspiraba constantemente á lo titánico; pero daba muchas veces en el escollo de la falsa grandeza, porque ni sus alas, con poder mucho, podían lo que él pensaba, ni su gusto cerril é indómito, que nunca llegó á educarse á pesar de haber sido él hombre de grandísima variedad de conocimientos, acertaba á mostrarle aquel punto imperceptible en que lo sublime confina con lo grotesco. Por sus grandes cualidades, lo mismo que por sus grandes defectos, Fernando Velarde fué el ídolo de la juventud literaria de América durante un periodo bastante largo, y no es hipérbole decir que compartió con Zorrilla el privilegio de ser imitado por todos los principiantes. Esta influencia fué mayor que en ninguna parte, en Guatemala.

MÉXICO.